

LAS CONSECUENCIAS POLITICAS DE LAS NUEVAS ARMAS (*)

I

DESARROLLO E INCIDENCIAS

Existe una fecha que aún no figura en los diccionarios de efemérides. Es la del 2 de agosto de 1939, y que corresponde al momento exacto en que se inicia la Era Atómica. Cuando Alberto Einstein recibía en su despacho de la Universidad de Princeton al científico húngaro Leo Szilard, del cual recibió un manuscrito conteniendo los recientes trabajos en el campo de la desintegración del átomo, compartidos con otro exilado y eximio científico: Enrico Fermi.

A ello les movía, alarmados, los descubrimientos que sobre esta materia se alcanzaban en la Alemania de Hitler. Resultado de la entrevista fue una carta de Einstein al Presidente Roosevelt, informándole sobre la capacidad explosiva de la desintegración nuclear y la posibilidad de su empleo en la construcción de una bomba extraordinariamente potente. En octubre, iniciada ya la conflagración mundial, Roosevelt recibía en la Casa Blanca a su asesor oficioso Alexander Sachs, y que mediaba a petición del grupo de científicos. El resultado fue positivo, y poco tiempo después se ponía en marcha el fantástico «proyecto Manhattan», acelerado por las incidencias de la guerra en curso.

Finalizaba la guerra y Japón se debatía en la búsqueda de una paz honrosa. La mañana del 6 de agosto de 1945 se lanzaba sobre Hiroshima la primera bomba atómica y a continuación otra sobre Nagasaki. El éxito político y militar fue inmediato, poniendo fin a la mayor conflagración bélica conocida. Einstein y los demás científicos que cooperaron en los trabajos ne-

(*) El presente estudio constituyó una ponencia presentada en el XV Curso de Problemas Militares sobre el tema «La Moral y las Nuevas Armas», celebrado en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» de Santander, en agosto de 1965.

cesarios habían traspasado la energía atómica de los dominios de la Ciencia a los de la Política. Roosevelt, al acoger favorablemente las indicaciones, daba realidad práctica a la teoría y la involucraba en el campo político.

De todas las nomenclaturas con que ha sido designada la época en que vivimos ninguna lo consigue tan rotundamente como la de *Era Atómica*. De este comienzo se derivaría un inmenso cúmulo de descubrimientos y aplicaciones productores de la revolución científico-técnica del tiempo presente, cuyas consecuencias en el campo político y social han resultado decisivas. Comenzaba una época en la cual se prevenían límites insospechados ante la perspectiva del aprovechamiento pacífico o bélico de los descubrimientos atómicos. Como en ninguna otra época en la Historia la ciencia ha ejercido una influencia decisiva e inmediata sobre la política al depender el porvenir inmediato de la Humanidad de toda una teoría científica y de sus aplicaciones prácticas, tanto pacíficas como destructivas, y por tanto, de los hombres que las dominan y las ponen en práctica. En la hora presente todo el mundo debería tener nociones científicas, «incluso políticos y gobernantes», dijo al recibir el premio Nobel el sabio inglés Todd.

Fueron los militares los que desde el primer momento tomaron conciencia de la nueva época. Frente a otros tiempos de cautas reservas ante los nuevos descubrimientos, los militares —en gráfica frase de Sternberg— tomaron del brazo a los científicos, e incluso añadiría que les hacen marchar aprisa.

Tras el primer —y hasta ahora único— uso bélico en Japón en 1945 del arma atómica, los Estados Unidos se encontraban en situación de monopolio de tales armas. Pasada la fase de «luna de miel» con la Unión Soviética, aparecía inmensa la superioridad norteamericana. Se calculaba, por el nivel requerido para su construcción, un dilatado período de ejercicio de tal monopolio, de una generación como mínimo. Incluso en 1946 se propuso, en un alarde de idealismo, un control internacional de los nuevos descubrimientos, brindando la cooperación para su uso pacífico, sometida a rígida inspección y ejecución. Pero los Soviets retardaban y hacían naufragar toda propuesta. En realidad llevaban a cabo secretamente su propio programa atómico.

La primera bomba atómica soviética se detectó en 1949; el silencio y la indiferencia mostrada ante la nueva arma estratégica en sus comienzos eran sólo una apariencia. Elle puso al corriente a Occidente de sus inesperadamente rápidos progresos, sólo posibles por los sensacionales resultados de sus planes de formación de científicos y técnicos. A ello hay que sumar la incautación de personal y material científico alemán por los vencedores al invadir Alemania.

Para mantener la hegemonía se reanudaron en los Estados Unidos los detenidos trabajos de investigación sobre la bomba termonuclear, obtenida por el sistema de «fusión». Fue probada con éxito en noviembre de 1952. No había transcurrido un año cuando la U. R. S. S. probaba la suya en agosto de 1953. Había dado comienzo una peligrosa carrera por conseguir la supremacía nuclear, y con ello el poderío y supremacía mundial inherentes. Las pruebas atómicas se sucedían mientras tanto, anunciadas con espectacular aparato propagandístico.

Sin embargo, la mera posesión de las nuevas armas no era suficiente. Había que transportarlas, disponer de una fuerza aérea capaz de lanzarlas con un margen de seguridad; a poco, los Estados Unidos disponían de una capacitada Fuerza Aérea para su transporte, garantizada por la cadena de bases que cada vez más abundantes iban cercando al mundo comunista. La pésima situación estratégica terrestre de la U. R. S. S. hacía que sus posibilidades de defensa fueran muy comprometidas, lo cual los lanzó con todas sus fuerzas por el camino de los cohetes y proyectiles dirigidos, en el cual pronto consiguieron grandes éxitos.

El lanzamiento en 1957 del primer satélite artificial «Sputnik» tuvo resonancia mundial. Quien había sido capaz de situar en órbita un satélite controlado, bien podría enviar a placer una carga nuclear a cualquier parte del globo, sin problemas de distancias ni de otro género, tomando por sorpresa al agredido. Aún se mantenía la esperanza de la superioridad de Occidente en el campo de la electrónica frente a la que ostentaban los rusos en materia de combustibles. Pero tras el lanzamiento irreprochable del «Lunik-II», cuyo giro alrededor de la Luna fue un prodigio de la dirección a distancia, se tomó conciencia real de que ahora el equilibrio era algo comprometido, y la superioridad relativa, mínima. Cualquier probable atacante, desde ahora, se vería con una represalia irremediable, sinónima de mutua exterminación.

El continuo perfeccionamiento de los proyectiles balísticos y de los instrumentos de detección y control hacen inminentes las consecuencias. Las rampas de lanzamiento, siempre a punto; los submarinos atómicos, dotados de proyectiles, han determinado una tensión en momentos angustiosa. Las posibilidades de defensa de un ataque con proyectiles balísticos intercontinentales que pudieran franquear las barreras defensivas que a modo de escudo se levantan entre los bloques, y que podrían decidir una guerra en espacio brevísimo, son, por otra parte, muy problemáticas. En Occidente y en la U. R. S. S. se silencia el asunto, pese a la jactanciosa afirmación de Kruschev de poseer un proyectil-antiproyectil, con una precisión capaz de acertar en una mosca que vuele a 5.000 kilómetros de distancia; luego

otros dirigentes se han encargado de atenuar esta manifestación. Ante la vulnerabilidad del propio territorio se desarrollan otras armas derivadas como el bombardero rasante a gran velocidad B-58, interceptación del control a distancia, radar que «ve» tras el horizonte, armas químicas y psicoquímicas, etcétera, y tantas otras que continuamente se proyectan y se comprueba su eficacia.

En realidad, la descripción de estas armas excede de nuestro objeto, pese al marcado interés que ofrecen en la explicación de determinadas actitudes en la política internacional. Pero el conocimiento de sus efectos, así como la observación de las consecuencias que han tenido en este espacio de tiempo, permiten delimitar fenómenos con características genuinas.

Dentro de los límites de que disponemos vamos a observar las consecuencias políticas, que podemos calificar como directas, de las nuevas armas. Es obvio que una Era como la que atrae nuestra atención y de las características enunciadas provoca una larga cadena de consecuencias de todo tipo, y dentro del orden político, innumerables. La influencia en multitud de aspectos de la actividad humana es enorme. Un factor de transformación tan poderoso necesariamente ha de continuar produciendo consecuencias que habrá que ir previniendo y estudiando minuciosamente.

II

CONSECUENCIAS EN EL ÁMBITO INTERNACIONAL

El desarrollo de las comunicaciones ha acercado en forma sorprendente a hombres y Continentes. Cualquier noticia es hoy ampliamente distribuida. Por ello el insistente martilleo de más y nuevos descubrimientos y de su mayor potencia, de sus efectos destructivos, nos ha sumido en una casi insensibilidad. Sin embargo, la repercusión de los efectos atómicos en la posguerra fue inmensa. A la sombra de los poseedores de las nuevas armas se fueron agrupando los Estados de todo el mundo. Se llegaba así a una situación antes desconocida; el mundo se hallaba repartido entre dos potencias que lo controlaban. La posesión del arma atómica facilitaba un poder y prestigio inigualables. Nadie podía oponer una fuerza eficaz ante los auténticos «grandes» del poder mundial. A su vez, entre ellos crecía continuamente la desconfianza, moviéndoles a espiar los movimientos del contrario y a prevenir un posible ataque; calcular su fuerza real, su desarrollo, planes defensivos y capacidad de represalia, etc. La carrera de armamentos emprendida, y a la cual no se le ven perspectivas de poner punto final, consu-

me cifras fabulosas en los presupuestos que suponen un tremendo esfuerzo dedicado exclusivamente a fines militares. Mutuamente, un nuevo descubrimiento de una parte no hacía sino buscar la otra con ahinco y el restablecimiento del equilibrio. La agresividad y la desconfianza han contribuido a la búsqueda del equilibrio, llegando a esta situación de pistola cargada hasta la boca, mutuamente apuntadas y con el dedo crispado sobre el gatillo.

Ha sido necesario exigir continuos esfuerzos a los científicos, dotándoles de todos los medios. El científico ha pasado así a tener una importancia política considerable. Nunca, en efecto, ha ejercido una influencia tan inmediata como la que hoy ejerce. Porque, en definitiva, de estos descubrimientos depende la permanencia del poder mundial de la potencia que lo patrocina y su prestigio. De la ciencia depende no sólo la resolución de los problemas económico-sociales del mundo moderno, sino su distribución y seguridad. La ciencia y la técnica pasan a ser materia prima de la política. Con ello científicos y técnicos ejercen una influencia política directa o indirecta. Incluso en el mundo «neutralista» o afroasiático la ciencia y la técnica se están convirtiendo en los nuevos ídolos a adorar. Y no menos importante es el problema de la formación de esos científicos y técnicos.

Pero ¿y cómo constatar la situación y progresos del contrario? ¿Bastarán sus ampulosas declaraciones sobre los éxitos conseguidos? Jamás se ha mantenido un aparato de espionaje tan amplio y perfecto como el que se mantiene en la actualidad. También esta peculiar actividad adquiere relevancia política.

Consecuencia también de la carrera de armamentos es lo que Vichney califica como el «subproducto» de la carrera espacial ante la necesidad de aprovechar mejor las nuevas armas y conseguir el dominio del espacio con los fines iniciales, además del impacto político que supone cada éxito —y cada fracaso conocido— no sólo psicológicamente ante las potencias de signo contrario, sino ante ese mundo nuevo de países independientes recientemente, los cuales asisten atónitos al espectáculo del pugilato espacial de las potencias-guía.

Respecto de la bipolaridad de bloques, conviene recordar la puntualización de Carl Schmitt sobre el carácter demasiado neutral del término *bipolar* para designar la tensión hostil de semejante dualismo mundial.

La revolución militar y política causada por las nuevas armas ha sido una consecuencia exigida por las nuevas circunstancias. El equilibrio, el «empate» atómico ha producido una sensación de mutuo miedo peligroso, o lo que acertadamente llama Toscano un «equilibrio de impotencias». Ya no son necesarios grandes ejércitos para librar una guerra atómica. Asistimos a una reducción paulatina de las Fuerzas Armadas y un aumento de especia-

lización técnica en el ámbito militar. En el informe de Nikita S. Kruschev en el Soviet Supremo de la Unión Soviética, en enero de 1961, decía: «Hoy, la capacidad de defensa de un país no está determinada por el número de soldados que visten uniforme militar. Si se hace abstracción de los factores políticos y económicos de orden general, puede decirse que la capacidad de defensa de un país depende, en gran medida, de la potencia de fuego y de los medios de transporte de las armas que posee ese país.» Esto decía en el informe defendiendo el proyecto de ley de reducción de las Fuerzas Armadas ante el Soviet Supremo.

También esto ha originado una nueva situación. En los comienzos de las armas de hierro, o al iniciarse la artillería, su adaptación por las experiencias en sucesivas guerras permitía un largo período de transformación, asimilando sus efectos políticos y sociales. Hoy no se da esa posibilidad por la sencilla razón de que la experiencia anularía el resultado. No habrá vencedor ni vencido. Exige que los cálculos y previsiones han de hacerse *antes*. Unos cálculos completos y arriesgados, si se piensa en el riesgo. La guerra anterior permitía, además de los preparativos, transformar la industria pacífica en plazo breve en industria de guerra. Hoy no existe esa posibilidad de transformación.

Las doctrinas sobre la victoria son hoy prácticamente inservibles en la Era Atómica. Un agresor haría de Sansón para morir con todos los filisteos. Los cambios en la estrategia son poco menos que radicales. Ya no hay alturas que ganar, y las barreras naturales han dejado de serlo, ni existen frentes de combate.

La formación de dos bloques perfectamente delimitados, pese a las inevitables disensiones internas, ha permitido ejercer una gran influencia en beneficio propio a los líderes mundiales. No sólo ha engendrado un enjambre de alianzas militares, con la consiguiente determinación por aquéllos de los diversos Organismos militares, sino que en los respectivos campos de influencia ha crecido la propagación de las doctrinas políticas. En el campo económico, los lazos creados han permitido un pingüe beneficio gracias al *leadership* y la dependencia *parochial* de los países del bloque. Incluso hasta la manía de imitación a las potencias ha llegado en ocasiones a lo ridículo, facilitando un gran instrumento de penetración en todas las esferas. Tal expansionismo no habría sido posible, al menos en este grado, si no hubiesen existido las armas nucleares. Las armas convencionales no proporcionan tal ascendiente.

Conforme se ha ido manifestando la incompatibilidad de los principios sustentados por cada bloque ha ido creciendo el antagonismo ideológico. Especialmente la agresividad del marxismo-leninismo, por boca de sus má-

ximos representantes, no oculta sus aspiraciones de expansión mundial hasta la exterminación del capitalismo, y sólo ha sido posible contenerla mediante una fuerza de «disuasión» apropiada. Cuando el equilibrio de la mutua disuasión amenazaba provocar un conflicto con un suicidio colectivo, afirmaron con aire deportivo que no necesitaban de la guerra para «enterrar» a Occidente. Durante este tiempo no han dejado de recurrir a todos los medios para desgastar y debilitar a los países occidentales con la eficaz estrategia revolucionaria de la subversión, la guerra de guerrillas y las guerras «limitadas». Los éxitos obtenidos les ha convertido en maestros. El dominio de la iniciativa en la guerra fría por el bloque oriental, provocando convenientemente «crisis» oportunas, les ha dado una especial destreza en la determinación del punto crítico de las mismas.

La propaganda derivada de descubrimientos, como de las crisis mundiales, constituye una de las armas políticas más sutiles y eficaces por su resonancia psicológica. Han llegado a la sustitución de la «guerra fría» —término afortunado que en 1947 lanzara en su libro James Burnham— por la «paz fría». Sin embargo, la «guerra fría» no es un término nuevo. Pese a la espantada novedad que los buscadores de tragedias han visto en esta modalidad de paz agresiva, ya en la Edad Media lo vemos en un párrafo del *Libro de los Estados*, de don Juan Manuel, al hablar de la guerra fría del siglo XIV, que «ni trae paz ni da honra al que la face». También Hugo Grocio usa de este término, que ya usara Cicerón. Una situación en la cual el recelo mutuo impide la paz completa. Entre las potencias mayores, la paz siempre ha sido un período de preparación de las guerras, atendiendo al clásico dictado de César.

Ese equilibrio de impotencias en la guerra fría genera, como apuntaba antes, el fenómeno de la «coexistencia pacífica», con su ánimo conciliador y su renuncia a la fuerza. El miedo a una guerra por error es cada vez mayor, y de ahí la necesidad de un acercamiento mutuo que haga cada vez menos posible esa contingencia. Esa renuncia a la guerra por los presuntos «enterradores» del capitalismo de la libre empresa constituye un notable viraje en la pureza de las doctrinas leninistas, que trae la secuela de la crisis Moscú-Pekín. Sin embargo, el supuesto ánimo conciliador del bloque comunista no pasa de ser sino otra apariencia. Mediante la subversión y la guerra revolucionaria en todo el mundo se adaptan sus fines a la nueva situación. El mismo Lenin tendría encendidos elogios al desarrollo que Mao Tse-tung ha dado a la estrategia revolucionaria, y que Maquiavelo no hubiera dudado en calificar de «bellissima».

La fuerza de disuasión bilateral permite por mutuo consenso el fenómeno de las «guerras limitadas» a un sector o territorio determinados. Una

guerra nuclear no sería *otra* guerra, sino la última. De aquí el auge de las guerras limitadas en su magnitud y duración. Los Estados Unidos no han conocido aún la guerra en su propio territorio. La dificultad de adaptar una mentalidad como la norteamericana a la realidad actual hace afirmar al mismo Kissinger que ante mirar al futuro o al pasado, una actitud indolente prefiere hacerlo al pasado, adaptando la estrategia clásica a las guerras limitadas. Pero siempre queda el peligro de su propagación y de la pérdida del control de la misma. Respecto a la falta de objetivos concretos en las guerras limitadas y su polimorfismo, que les da un carácter escurridizo e incómodo a estas contiendas parciales, Raymond Aron coincide en el riesgo constante de la pérdida de su *control* y la posibilidad de propagarse en conflictos mayores e irremediables.

Otra de las consecuencias más sintomáticas en el ámbito internacional ha sido la calificación de «delincuente» al agresor o al vencido. Hasta la ciencia ha perdido su habitual imparcialidad desapasionada. Ya Freud decía al respecto de cómo el antropólogo declara inferior y degenerado al adversario, y el psiquiatra le diagnostica perturbación psíquica. Los conceptos ya existentes antes de la guerra mundial se han completado y agudizado con las armas atómicas, empequeñecedoras del orbe. El carácter creciente de la comunidad internacional ha contribuido a ello. Así, la guerra civil y la guerra internacional toman semejanza, pues si en la guerra civil, la situación de los contendientes es de mutua acusación delictiva, igual sucede ahora en la guerra internacional. Ya Carl Friedrich agudamente calaba en el fenómeno. Al acabar la segunda guerra mundial se tuvo ocasión de comprobar cómo en la represión de los llamados «criminales de guerra» no se tomaba venganza, sino que se perseguía un crimen, un delito de «desa Humanidad». Es el llamado «crimen de l'ataque». En una terminología sencilla resulta difícil establecer quién es en tal caso el ladrón y quién el policía. Sólo el hecho fáctico de la derrota determina los papeles. En forma genial y acertada así lo interpreta Alvaro d'Ors, añadiendo que la neutralidad en tal circunstancia ha perdido hoy todo su sentido, ya que no se defienden intereses nacionales, sino que la guerra lo es hoy de toda la Humanidad.

En otra dimensión vemos aparecer y delinearse la crisis de la guerra como forma de dirimir los conflictos. Las armas nucleares le han sustraído su carácter de dirimir las discordias. Los «missiles» en silos subterráneos, apuntando a una serie de objetivos previstos, hacen la guerra hoy inútil. Se la podrá considerar más o menos evitable, pero lo que aparece bien claro es que no resolvería nada. La detección de un ataque y su simultánea respuesta electrónicamente contestada son hoy una realidad. Así, la guerra

carece de objeto. Antes el agresor hacía un cálculo previo de las ventajas que podría obtener de una guerra. ¿Qué ventajas obtendría hoy?

Cuando se probaban las primeras armas atómicas se creía que la guerra había desaparecido para siempre. Veinte años nos dicen que ello es posible, pero es sólo una verdad a medias. Lo mismo se pensó cuando se descubrió la pólvora, y Nobel, al descubrir la dinamita, abrigó las mismas esperanzas, pero las únicas consecuencias que se siguieron fue el aumento del carácter pavoroso y destructivo de la guerra.

Ahora bien: la destrucción mutua no es algo deseable. El carácter expansionista del comunismo tampoco es nuevo. Pensemos en el expansionismo de los Imperios antiguos, terror de sus vecinos: asirios, persas o romanos, o el del Islam. ¿Quién hubiera imaginado hace unos siglos que Turquía o el Irak son hoy buenos aliados del Occidente cristiano? Y, sin embargo, durante mil años no hubo para la cristiandad enemigo más feroz y temible. Pese al aspecto sombrío que presenten las ideologías o las armas, no se las puede juzgar como definitivas.

Tampoco se puede negar que la paz fría, pero paz, de estos veinte años no hubiera sido posible de existir sólo armas convencionales en la panoplia de las potencias-guía. La expiatoria oleada de paz de la posguerra con los cuasi-utópicos propósitos de la O. N. U. han sido realidades apreciables y mantenida entre los interminables parloteos de la Asamblea General ante la tesitura de la intimidación atómica. «Mientras los debates se hagan interminables no conseguiremos nada, pero al menos no habrá guerra», señalaba cautamente Winston Churchill, con su acostumbrada sagacidad.

Inevitablemente ha vuelto a aparecer en esta nueva configuración mundial, y con virulencia mayor, el viejo mito del desarme. En diversas ocasiones, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, y ante otros foros internacionales, los líderes del mundo proclamaron que el desarme constituye condición primordial para alcanzar la paz. No por la ineficacia observada en análogas circunstancias pasadas —pues no olvidemos que hace ya seis lustros Briand, Herriot y Leon Blum presentaron idénticos argumentos, así como antes de la primera guerra mundial—, sino por la falacia intrínseca que oculta, es imposible que tal propuesta prospere en un sentido objetivo. Como acertadamente apunta Cano Hevia, «verdadero pacifismo, el que tiene alguna posibilidad de resultar eficaz, ha de nacer del estudio de la guerra». Se llevan treinta años de discusiones sobre desarmes sin el menor éxito. Supongamos que se llegara hoy a un acuerdo en la forma más amplia, ¿quién iba a convencer a los Soviets de que los americanos no estaban ocultando unas cuantas bombas de hidrógeno en cuevas subterráneas, o viceversa, pese a todos los controles que se impusieran? Y si damos

un repaso a las características y a las cifras de la producción de armamentos, ¿es posible que aún haya quien de buena fe crea en la posibilidad de concluir un Acuerdo de desarme? Gran número de autores realistas y conscientes de la problemática mundial, como Hedley Bull entre ellos, opinan que es inconcebible.

Las armas no son ni buenas ni malas. Lo son las intenciones de quienes las posee. Resulta evidente que si una potencia pudiera fiarse de la otra no habría necesidad de desarme alguno por la misma razón por la cual tampoco habría necesidad de armamentos. Se suele hablar de *armas preventivas*, paliando su condición, pero no son más que un incentivo para que la parte contraria se desvele por alcanzarlas. Mientras haya que buscar la paz entre potencias independientes tendremos que aplicar la vieja fórmula diplomática del equilibrio de la fuerza. Lo malo es que la experiencia nos muestra que un conflicto estalla cuando una potencia *se cree* que tiene la superioridad. Un estudio sereno del asunto nos pone de manifiesto que el mito del desarme descansa en dos sofismas: uno, creer que la paz se afianza mediante las armas; otro, que se asegura con el desarme. Porque la paz no es un problema militar ni técnico, sino de orden político y social por naturaleza. Ningún arma representa un peligro en sí misma. La paz nunca ha sido posible entre grupos en pugna. Se podrá decir que una integración internacional es una utopía, pero el ideal del desarme es la utopía de las utopías. Un cambio radical en esta actitud es fundamental para la paz.

Así, pues, ¿qué es lo que hará posible la paz? Veamos qué es lo que la ha hecho posible los últimos veinte años, pese a las crisis y tensiones. No se puede negar la enorme capacidad de destrucción acumulada. Para decidir sobre su uso, es necesaria una capacidad excepcional; para conducir hoy la política es necesaria una extraordinaria capacidad y dosis de sensatez y prudencia inagotables. Siempre se han calculado las ventajas y calamidades de una guerra, salvo en las invasiones asiáticas. Según Gallois, las consecuencias de un conflicto atómico imponen la negociación. La intransigencia no es postura de hoy. Antes, la lectura de un despacho malsonante lanzaba a todo un pueblo a la guerra y a una catástrofe como la de Sedán o Verdún. Hoy, un avión americano es derribado por un caza soviético o por la artillería china, y actúan los representantes diplomáticos, se negocia la libertad del piloto y la posible indemnización. Incidentes de este tipo, antes *casus belli*, hoy no pueden dar lugar más que a la negociación. Como señala Crahay, los medios y las ventajas disponibles se aprovechan hasta el máximo en las diversas situaciones de tensión, pero no se puede apretar el botón fatal. Una prueba de lo que decimos está en el «teléfono rojo», con línea directa entre la Casa Blanca y el Kremlin. Por supuesto que caben

objecciones numerosas, pero no cabe duda de que eso asegura más la paz que muchas Conferencias. El miedo es el arma más antigua de la Historia, y por primera vez los armamentos favorecen la paz. Esta interacción es bien estudiada por Fuller.

Sólo hombres muy capacitados, conscientes y enteramente vinculados a su pueblo pueden dirigir los destinos de millones de personas. La irreflexión de la intransigencia exige la mayor escrupulosidad en el dato. Hombres rectores capaces y prudentes son la mayor esperanza de la paz futura. Dentro de la crítica situación de los últimos años, y no menos del momento presente, es reconfortante constatar el creciente buen sentido que parecen haber traído las nuevas armas.

¿Prudencia..., osadía? Creo que aún es pronto para contestar acertadamente a este dilema. La rapidez de la evolución militar de hoy exige una capacidad de interpretación y adaptación elevada. Como acertadamente indica Leandro Rubio, estamos aún en período *constituyente*.

III

CONSECUENCIAS EN EL ÁMBITO INTERNO DEL ESTADO

Las consecuencias políticas que podemos constatar de una forma directa en el ámbito interno del Estado son, por más circunscritas, no menos importantes.

En primer lugar, cabe apreciar la disminución de la soberanía del Estado, por no llamarla pérdida de la soberanía, lo cual podría causar confusión. Efectivamente, la soberanía estatal, que ya antes de la aparición de las nuevas armas mostraba los síntomas de una profunda crisis, se ha agravado merced a la disposición de estos poderosos medios por las potencias y la incapacidad para atender a su propia defensa de las restantes. Diariamente se ven sometidos los Gobiernos de todo el mundo a criterios, alternativas y presiones de los Estados soberanos *strictu sensu*, y cuyas formas e intensidad oscilan entre la fórmula de la *recomendation* amistosa hasta la imposición tajante. No ya la limitación de la soberanía entendida al estilo clásico por las nuevas circunstancias y la participación mayor en Organismos internacionales, merced a las cuales ha de contrastar un Estado sus intereses con los demás miembros de la comunidad internacional, sino por la influencia pura y simple de imposiciones y patrones venidos de fuera. Tanto en el campo político como en el militar y económico sucede esto. Aparte de los Estados Unidos y la Unión Soviética, no se puede hablar de Estados

que puedan asegurar en forma efectiva su defensa. La exportación de las doctrinas políticas constituye un caso clínico. Tanto en una órbita respecto de la estereotipada fórmula «un hombre, un voto», como en la otra de la aplicación del marxismo-leninismo.

De mayor profundidad es la limitación en el aspecto económico. El comercio exterior se ve en ocasiones trágicamente afectado por estas determinantes. El caso de los pesqueros españoles para Cuba y el incidente del «Sierra Aránzazu», y otros conocidos, son relativamente suaves frente a la amplia gama intimidatoria existente. Y en el plano militar, las imposiciones por necesidades estructurales de la defensa constituye otro capítulo del asunto. Los centros nerviosos de los bloques dirigen, cada uno en su esfera de influencia, las limitadas soberanías de los demás Estados. El viejo principio de que la soberanía es proporcional a la propia potencia no ha sido nunca más realidad que hoy, reforzado por la mayor necesidad presente de unos Estados respecto de otros.

También observamos en el seno del Estado un aumento del intervencionismo, comprensible ante la magnitud del peligro en perspectiva. Restricciones a las libertades públicas en tiempo de paz, que no tienen comparación a épocas anteriores, y que son toleradas y comprendidas. El aumento de las funciones del Estado y el desmesurado crecimiento del Poder ejecutivo sirven de base a las medidas por causa del riesgo imputable a las armas nucleares, que suponen una disminución de los derechos ciudadanos. En este sentido, el peligro atómico y las necesidades de defensa, se están convirtiendo en el gran justificador de políticas por parte de los Gobiernos. No ya en la agobiante imposición fiscal, sino en cuanto a los caracteres de los derechos que se reserva el Estado en tiempo de paz, especialmente los referidos a la seguridad del país, en cuanto penalidad y procedimiento, amplia discrecionalidad, fondos secretos de administración, etcétera. Generalmente el ciudadano está poco o nada informado de los problemas de la defensa y su administración, de la eficacia mayor o menor de la misma y de otros problemas implicados. El mismo Presidente de los Estados Unidos expresó que desconocía los vuelos de los aviones U-2 sobre el espacio aéreo de la U. R. S. S. Y posteriormente muchos otros asuntos han quedado fuera de su conocimiento.

La restricción de las libertades públicas se ve acompañada de una mayor influencia popular en la dirección de las decisiones trascendentales en cuanto que crean un estado de opinión propicio o contrario a determinadas medidas. Paralelamente la decisión es más reservada a la suprema autoridad, sobre la cual gravita todo su peso. Una decisión grave en el campo atómico compromete la vida de millones de personas sin posibilidad de contraorden.

Los modernos ejércitos, más reducidos y especializados, liberan una considerable masa de población de la actividad bélica. Además, la brevedad de una guerra hace que en sus fases anteriores preparatorias la masa no participe en la lucha. Las anteriores guerras mundiales, tanto en el frente como en la retaguardia, extendían a todos el carácter de combatientes, de forma que todos estaban embarcados de alguna forma en la guerra. Hoy no existe ese período de preparación y transformación. Toda esa población pasiva, no implicada, para la cual no hay defensa posible, constituye un formidable contrapeso de posibles decisiones poco meditadas, y a la cual difícilmente se la podrá convencer de la necesidad fatal, pese a todos los refinamientos de la propaganda dirigida. Es un contingente de valor no estratégico —salvo, tal vez, para atraer un ataque de saturación—, pero sí de valor político, repudiando posturas intransigentes o agresivas. Incluso en ocasiones ese valor político es desmesurado. Así lo vemos en las guerras que se ha visto U. S. A. compelida a hacer y cómo por ese desbordado poder de la opinión pública se comprometió el prestigio del país, liquidando los conflictos de mala manera. En Vietnam, la violenta repulsa de la población americana acerca del conflicto puede provocar lo mismo.

Las necesidades de la defensa han producido un aumento de los gastos militares, que consumen dentro del presupuesto del Estado cifras exorbitantes. Un Estado tenderá a aumentar los gastos de este tipo cuando estime que su posible enemigo posee un armamento superior al suyo. El continuo tirón que se experimenta con cada nueva arma hace que estos gastos no lleguen nunca a un tope y hace que sucesivamente se aumenten, ante el riesgo de que resulte inútil todo lo gastado; es el suplicio de Tántalo de la carrera de armamentos, que afecta a todas las naciones. Sumas fantásticas que podrían hacer desaparecer en pocos años las miserias de la Humanidad, dedicadas a la educación, progreso industrial, seguridad social, investigación, etcétera.

Y no sólo aflige esta carga a las grandes potencias. Pese a su formidable poder, éstas no serían nada sin una compleja red de alianzas y compromisos de ayuda y cooperación militar, que recíprocamente exige a los comprometidos asumir un papel determinado dentro de las respectivas áreas. El presupuesto militar suele ser el mayor en casi todos los países, incluso en aquellos de reducida participación en la defensa de los bloques.

El fenómeno capitalista coadyuva a través de las nuevas situaciones de la Era Atómica a esta nueva calamidad. Son conocidas las teorías de Sombart, Mannheim, Wright Mills y otros acerca de la estrecha relación que guardan capitalismo y gastos militares. La exacción fiscal aumenta con tales dispendios defensivos, creciendo desmesuradamente en forma que da lu-

gar a la evasión fiscal organizada. En las pasadas guerras, aparte de los preparativos prebélicos, la duración del conflicto permitía la transformación de la capacidad productiva en potencial bélico. Hoy tal transformación no es posible. Hay que estar preparados antes del conflicto y poseer buenos *stocks* de bombas nucleares y de proyectiles. El carácter determinante de la paz fría ha sido el desplazamiento de gran parte de los caracteres privativos de la guerra a la época de paz. Si pensamos en el coste y magnitud de los modernos armamentos, veremos que en tiempos de paz se soporta todo el esfuerzo productivo de una posible guerra, preparándola y organizándola. Para después sólo queda una tarea: perder la existencia.

Conforme se han ido desarrollando las nuevas necesidades y las circunstancias han ido marcando los acontecimientos de la nueva época se ha ido robusteciendo la idea de defensa nacional. Defensa no sólo del territorio, en su sentido físico, sino también de los principios que sustentan la comunidad política y que suponen su sostenimiento: defensa de la economía.

Raymond Aron recuerda aquel principio de que los países dejan de ser soberanos en la medida que no pueden costear sus propias armas. En la guerra de 1914 todavía una nación pequeña podía costearlas. En la de 1939 apenas si podía cubrir una parte del costo de los blindados y la aviación, necesitando de ayuda a este respecto. Hoy escapa a las posibilidades de la mayoría de los países. La cooperación militar se impone. Pero no sólo para el país pequeño necesitado de una protección, sino también para una potencia mundial, pues por amplio que sea su territorio, dentro de la idea de poder, lo asegura más eficazmente. Por razones de la importancia de la defensa y mantenimiento del equilibrio en los países industrializados, así como por razones de desarrollo económico y político en los subdesarrollados, hoy presenciamos en todo el mundo un aumento creciente de la función política del militar en el seno del Estado. El más importante de los problemas de hoy, ante el cual todos los demás quedan empequeñecidos, al parecer del premio Nobel Urey, es el de la propia existencia. Levantarnos vivos cada mañana es, pese a que el factor político sea el decisivo, un problema militar. Vivimos en una tregua militar y política muy precaria, que puede romperse en cualquier momento, comenta Sternberg, y que les hace vivir al político y al militar en continua simbiosis. Hay que hacer desaparecer un estado mental bastante difundido aún de que el militar ha de estar pendiente exclusivamente de su función técnica. La dimensión política de su actuación, en cuanto a que de su pericia y conocimientos dependen la existencia de la comunidad, es hoy mayor que nunca. Kissinger observa que para una política exterior firme es necesaria una mayor colaboración entre civiles y militares. Con la presente competencia de armamentos, la permanente fun-

ción política del militar, se potencia y se ve robustecida, por ser nuestra época una época de crisis. A su vez, la nueva situación militar «impone determinadas necesidades de resolución independientes, partiendo de elementos de técnica militar a los de pura política», en opinión de Raymond Aron y Weber; Raymond Aron agrega, además, que la única solución de la época actual es dar una formación política a los oficiales y unos conocimientos de estrategia a los políticos.

IV

CONSECUENCIAS PREVISIBLES Y PERSPECTIVAS FUTURAS

De todo lo dicho hay que subrayar que los sectores militares han cambiado o están en proceso de cambio. Consecuentemente la política mundial se ha transformado fundamentalmente. Es posible, pues, que exista un peligro real de que nuestro pensamiento y nuestras concepciones políticas no consigan ir al paso de la revolución militar. Y no sucede igual que en otros órdenes del mundo moderno, pues en otro campo, como el industrial, la evolución es más lenta, aunque de continuo se canten las excelencias de la automatización, la electrónica o la aplicación pacífica de la energía nuclear. Los resultados no son ni mucho menos comparables a la rapidez de los acontecimientos en el orden político o militar. La trepidante Era Atómica trae continuamente nuevos efectos por estudiar.

La primera es la crisis de la estructura bipolar. Las ventajas políticas inherentes a la posesión del arma estratégica es un poderoso incentivo para mover al disfrute de esa situación. Los titubeos o fallos de las potencias-guía, por otra parte, han causado profundas fisuras, que el tiempo se encarga de agrandar. Francia va resuelta ya por el camino de cubrir su autonomía nuclear. También China recorre ese camino. Francia justifica tal actitud por la falta de seguridad en los Estados Unidos, así como la imposibilidad de una eterna dependencia umbilical de aquella potencia rectora, así como la necesidad de una fuerza europea capaz. Cree que, efectivamente, hay que buscar un sistema político que mantenga la paz y la libertad internacional; pero es un objetivo a largo plazo. Un gobierno mundial no es así concebible. La constitución de grupos regionales e interregionales de Estados sólidamente constituidos, puede ser un primer paso, especialmente en Europa y el mundo atlántico. Esta es la base del pensamiento francés, y más concretamente, de De Gaulle, que subrayan sus armas atómicas y los «Mirage-IV». La crisis de la N. A. T. O., que constituía una contradicción de las expe-

riencias de la guerra pasada y de las previsibles para la próxima, ha sido también un fuerte golpe para la unidad occidental.

A su vez, China, con su distanciamiento ideológico de Moscú, también ha ingresado en el «club atómico». El transporte de las armas le preocupa menos, por cuanto parece que confía más en la fase más primitiva y cruenta del uso radiológico, y que se adapta a su agresiva actitud. Su extenso perímetro le permite provocar con viento favorable radiaciones altamente destructivas desde sus fronteras sobre los poblados vecinos.

Glenn L. Seaborg, presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, afirmaba en julio de 1965 la capacidad de varios países para producir bombas atómicas. El aumento paulatino de los socios del Club atómico es una realidad indiscutible. La cuestión de la propagación de las armas nucleares es cada vez más acuciante y están poco estudiadas. Las dos potencias mundiales se enfrentan ahora con una situación nueva. Las fisuras, ya en germen antes de las primeras autonomías del arma atómica, se han profundizado especialmente respecto del futuro. Ahora es cuando se hacen críticas. Diversos representantes del Gobierno de los Estados Unidos, refiriéndose a Francia, mantienen la postura de que el tipo de armas atómicas que posee, de escasa potencia, no sirven para hacer la guerra atómica, pero sí para provocarla.

Siempre que en otras épocas se formaron grandes bloques o coaliciones se realizaron alrededor de algún vínculo unitivo, arma o supremacía determinada de una potencia respecto de las demás. Ello lo volvemos a observar hoy. Pero cuando cesaba la causa integradora se desmembraba la antigua coalición. No faltan ocasiones en que incluso volvieron las armas entre sí. Hoy las dos potencias mundiales tienen, no obstante sus diferencias, algo en común: su deseo de evitar una guerra nuclear y la propagación de las armas nucleares. Si continúa la propagación de las armas atómicas, las probabilidades de que un conflicto nuclear estalle aumentan irremediablemente. Se multiplicarán los acontecimientos de índole peligrosa para la paz mundial, con la diferencia de que ya no dependerá de dos, sino de más.

Los efectos disociativos de estas fisuras, aumentadas por la jactancia de la autonomía atómica —aunque ésta sea relativa— se nos muestran bien patentes.

El «tercer mundo» continuará quemando etapas en su desarrollo y creciendo en efectividad en la política mundial. Hemos presenciado la formación de una especie de bloque neutralista, formado por países de ese tercer mundo, que no se plegaban en forma manifiesta a los otros dos. Incluso la India o el Pakistán se hallan en perspectivas de poseer también las nuevas armas, según el aludido informe de Seaborg. Su peso demográfico y

papel futuro serán importantes. La guerra próxima, se ha dicho, será una guerra de demografías. Se atribuye a los dirigentes chinos la declaración de que poco importaría la pérdida de 200 millones de chinos en una guerra nuclear si aún quedaban otros 500 para dominar a los rusos y americanos que quedasen. Pero el factor alimenticio juega aquí un importante papel. Así como en la guerra del Peloponeso que narra Tucídides, la primera tarea que acometían los espartanos cada primavera era la de destruir el trigo joven y los sembrados de los atenienses, de igual forma en la guerra futura la destrucción y la contaminación de las cosechas por el uso radiológico a que antes aludíamos crearían problemas insalvables de supervivencia, que sumarían problemáticas consecuencias a pueblos que se amparan en su demografía.

Y no hay que olvidar que dentro de diez, veinte o más años continuará creciendo el número de los países que se incorporarán a la dura responsabilidad de las nuevas armas. Es de esperar la evolución hacia formas de convivencia internacional aptas para evitar un cataclismo. El camino de estructuración mundial iniciado desde la posguerra, pese a las sombrías perspectivas que velan siempre, continuará fortaleciéndose al amparo de la dosis de prudencia que encierra la disuasión nuclear.

Hasta ahora el principal freno que se ha opuesto al uso de las armas atómicas ha sido, en opinión de Schelling, que tal freno desaparecería en cuanto se usen una vez. Cuando se usen en una guerra limitada ya se usarían en todas, y con frecuencia creciente. Continúa Schelling afirmando que el desarrollo de pequeñas armas tácticas, apropiadas a objetivos más modestos para su uso por tropas terrestres, con el desarrollo de las cargas de profundidad, cohetes de medio y corto alcance, etc., las características técnicas de las nuevas armas han dejado de suministrar mucha base para considerar a las bombas atómicas como peculiarmente diferentes a las demás. Así, cobra vigor el aserto de Alcubilla de que «ninguna arma ha eliminado a las ya existentes», puesto que las mismas armas atómicas cobran semejanza con las demás.

Son muy frecuentes las lucubraciones llenas de datos matemáticos y físicos, así como las descripciones sobre los terroríficos efectos. Pero hasta el momento la teoría no ha contribuido gran cosa a proyectar luz sobre estas cuestiones y sacar experiencias. Ya no cabe permanecer aislados ante estos fenómenos. El período de la Historia Mundial ha comenzado. Comenzó con la Era del Atomo.

¿Cabe esperar la superación de la espantosa perspectiva de un cataclismo final? ¿Se alejará el peligro de la guerra nuclear sobre nuestras cabezas? Desde luego, pese a que hasta ahora el buen sentido haya prevalecido, nada

nos garantiza que continúe indefinidamente siendo así. Si puede parecernos que el sacrificio inútil de grandes masas de población moderaría los ánimos, vemos que ello no ha sido obstáculo en otras ocasiones. Los 250.000 muertos en una sola noche de Dresden, los 100.000 de Hamburgo o los 80.000 de una mañana en Hiroshima nos muestran claramente que el exterminio masivo no supuso un impedimento a los dirigentes de la guerra. No nos sirven los criterios de humanidad porque los criterios de humanidad no han sido respetados. Habremos de buscar la solución por otro camino, alentar la esperanza en las inagotables reservas del espíritu.

V

CONCLUSIONES

Como antes indicábamos, una de las características de nuestro tiempo es el rápido avance de la tecnología. La técnica constituye algo imprescindible. Pero una tecnificación excesiva puede ser peligrosa, lo está siendo. En la actualidad la U. R. S. S. muestra una abrumadora superioridad en la formación de técnicos en ciencias aplicadas sobre los Estados Unidos, la Gran Bretaña o Alemania occidental. La enseñanza técnica está dentro de la lógica soviética basada en el materialismo. En este impulso materialista puede encontrar la técnica soviética su decadencia algún día. Porque la técnica se agotará pronto si falla la ciencia, y la ciencia fallará si se anula toda base humanística de la cultura. El humanismo mismo es el que enseña a pensar, y para la ciencia es indispensable el pensamiento. Para Occidente este impulso hacia la técnica en la línea de los Soviets presenta un cariz peligroso. Pero es menos peligroso que aquel que se deriva de que el mundo occidental, con los Estados Unidos a la cabeza, se lance ciegamente por el camino materialista, saltando barreras en ese camino competitivo. Ya observamos hoy las primeras consecuencias de la especialización llevada hasta extremos insospechados en un *empobrecimiento intelectual general*. Este peligro se agravaría si se siguiese el camino de la U. R. S. S., arrastrados por el señuelo del progreso. Perder su base cultural humanística sería para Occidente dejar ya de ser. Más que una aberración sería una derrota. En armonizar el difícil punto de equilibrio entre ambos criterios está una de las claves de la supervivencia occidental. La que en tantas otras encrucijadas históricas constituyó la medida salvadora.

Cabe esperar un aumento de la espiritualidad. Pese a que exabruptos como el de Mao Tse-tung de que «todo poder brota del cañón de un fusil»

parezcan una contradicción, es alentador constatar la vigorización espiritual individual y el regreso a la fe de enormes masas ante el impacto de esta Era Atómica, tan devoradora para el individuo. Superficiales aspectos de disipación constituyen un aspecto incompleto. El mismo deseo de paz es una constante de los últimos veinte años. No es menos cierto que nuestros conceptos de Religión, Moral, Civilización, Instituciones políticas y Guerra han ido retrocediendo para dar paso a una concepción cada vez más radical, materialista y contundente. Las armas atómicas han dado un duro golpe, en opinión de David R. Inglis, a los conceptos en que se basa la convivencia humana y su fin último; golpe del que urge tomar conciencia y aplicar soluciones. Pero este golpe no es irremediable, y no ha dejado de tener consecuencias de índole espiritual no menos saludables. La paz eterna, pese a todas las posturas atávicas, sin caer en la utopía kantiana, no sólo es deseable, sino posible. En la Encíclica *Pacem in Terris* afirmaba Juan XXIII: «La paz, en definitiva, tiene un único fundamento: la persona humana y los fines humanos del poder», y estos fines han de estar al servicio del último fin: el fin último y trascendente del hombre.

Por último, no podemos menos que ver, como cristianos, a la luz de nuestra fe, el aspecto providencial de la hora que nos toca vivir. Ante ella estamos y habremos de actuar con la firme convicción de que no estamos solos ni lo estaremos en las dificultades que se avecinen. Por difíciles que vengan las circunstancias nos reconforta la promesa divina de Su presencia entre nosotros hasta la consumación de los siglos.

HERMANN OEHLING

R É S U M É

On pourrait diviser l'Ere atomique en deux périodes conventionnelles. Une période de gestation jusqu'en 1945, une autre de monopole atomique américain jusqu'en 1949, celle de l'équilibre relatif jusqu'en 1953, puis de l'équilibre réel jusqu'en 1957 et, finalement, celle que nous vivons à présent, d'équilibre instable. Les conséquences les plus importantes en seraient la politique mondiale bipolaire et la course aux armements. L'on voit alors comment l'importance politique du savant augmente, comment surgit le sous-produit de la course spatiale et comment s'intensifie la révolution politique et militaire. Les puissances-guides, en outre s'assurent une expansion et une influence sans précédent.

C'est aux moments les plus tendus de l'après-guerre que s'établit l'anta-

gonisme idéologique mais le danger des armes nouvelles mène tout de suite au "dégel". L'extrême danger de guerre au début s'assortit, d'un effort tacite de contention, les guerres devant être limitées. C'est la "guerre froide" et la coexistence pacifique comme fruit de cet effort de "contention", et le succès aussi de la guerrilla et de la stratégie de crise dans laquelle l'Union Soviétique fit montre d'une grande maîtrise.

Au cours de la deuxième guerre mondiale on avait qualifié crime l'agression, à présent on en arrive à qualifier les possibles conflits de "guerres civiles internationales", les "empêcheurs de paix" étant taxés eux de délinquants. Les années les plus difficiles de l'après-guerre écoulées, la guerre est en crise en tant qu'institution politique et la négociation seule est l'instrument à l'honneur. Le vieux mythe du désarmement réapparaît pour montrer encore une fois son manque de consistance.

A l'intérieur de l'Etat la souveraineté effective diminue, les décisions de grande portée sont conditionnées par le sentiment populaire et l'on estime hautement la prudence comme moyen d'éviter les "erreurs fatales". L'intervention de l'Etat en raison de la stratégie nouvelle, de l'investigation militaire, de la sûreté de l'Etat, augmente de pair avec l'accroissement des dépenses de la défense nationale. La défense nationale passe au premier plan, l'Armée coopère de plus en plus et son rôle politique s'accroît.

Quant aux conséquences à prévoir, signalons l'élargissement du "club atomique", des lézardes de plus en plus visibles dans les deux blocs, la structure bipolaire du monde étant en crise, et une effectivité plus marquée du tiers monde. La structuration mondiale a été facilitée par les armes, nouvelles qui poussent à la coopération et limitent le nationalisme. L'adaptation à la guerre atomique, toutefois, est inévitable, la tendance vers l'empire de la technique évidente, mais pour un chrétien, la main de Dieu que l'on découvre dans toutes ces circonstances permet de croire que ces menaces ne seront pas nécessairement irrémédiables.

S U M M A R Y

The Atomic Era can be divided into conventional periode. That of gestation until 1945, that of U. S. atomic monopoly until 1949, that of relative equilibrium until 1953, of real equilibrium until 1957, and up until the present day that of compromising equilibrium. Amongst the most important consequences in international orbits, is the world political bipolarity with the natural armaments race; because of this race political importance of science became emphasized, the "by-product" of the space race was created,

and the intense military and political revolution started. Apart from this the guiding powers obtained expansion and influence without precedent.

During the severest moments after the war ideological antagonism became established, and the very gravity of the new types of arms has brought about the "thaw". The increase of the danger of war in principle was accompanied by tacit constraint and by limited wars. Then arose the "cold war" and peaceful co-existence as a fruit of this "constraint"; the prestige of the guerrilla warfare rose and the strategy of the crisis carried out by the Soviets made them supreme masters in the matter.

The criminal qualification of the aggressor originating from the II World War increases in this period to become a comparison in case of possible conflict to an "international civil war" and any "obstacle to peace" is given a criminal sense. After the most difficult postwar years, the war entered into a period of crisis as a political institution, and negotiation is the instrument most employed. The old myth of disarmament also made its appearance only to show its scanty consistency.

In internal spheres of the State there occurs a diminution of effective sovereignty, an increase of popular intervention in transcendental decisions, and a greater valuation of prudence as a prevention against "fatal errors". Statal interventionism as a result of the new strategy, military investigations, national security, etc., has grown together with the enormous army expenses. The idea of national defense has gained strength, the armies have increased their co-operation and the political function of the armed forces has been strengthened.

Amongst the foreseeable consequences one can count on an increase of the members joining the "atomic club", more and more pronounced fissures in the main blocks produced by the bipolarity crisis and a greater effectivity of the third world. The way to world organization has been improved and facilitated by these new arms, and has limited nationalisme in order to obtain a more closely linked co-operation. On the other hand the adaptation to atomic wars will be inevitable. The dangers of technification have become more serious, although the providential aspects that exist in all these circumstances for a Christian, leads one to believe that the threats that may exist in the future will be able to be overcome.

